

MEMORANDO OPEX N° 132/2009

AUTORES: VICENTE PALACIO, Subdirector de Opex, Fundación Alternativas.
ÁNGEL PASCUAL-RAMSAY, experto colaborador de la Fundación Alternativas.
CHARLES POWELL, Subdirector del Real Instituto Elcano.

PARA: OPEX **FECHA:** 10/12/2009

**ASUNTO: LA PRESIDENCIA ESPAÑOLA DE LA UNIÓN EUROPEA Y LA AGENDA
TRANSATLÁNTICA**

Área: Relaciones Transatlánticas

www.falternativas.org/opex

Prefacio español al Informe *Hombro con hombro: Forjando una relación estratégica EE UU–UE**

En colaboración con el Real Instituto Elcano

Depósito Legal: M-54881-2008
ISSN: 1989-2845

1. Un nuevo contexto en la relación UE - EE UU
2. España y EE UU: aliados eficaces
3. La Presidencia española: una oportunidad para replantear la relación transatlántica

1. Un nuevo contexto en la relación UE – EE UU

Al final de la primera década de este siglo XXI, la relación entre la Unión Europea y los Estados Unidos debe asentarse sobre una nueva dinámica y una nueva agenda. Un mundo de flujos globales, tendente a la multipolaridad, con los emergentes emergidos, es el trasfondo en el que una UE aún dubitativa sobre su papel global y unos EE UU que ven que el mundo unipolar de la última década se desvanece, si no en lo militar, sí en lo económico y lo político, han de encontrar nuevas bases para una relación que ha constituido la columna vertebral del escenario geopolítico de la Historia reciente.

La relación entre EE UU y la UE: ¿convergencia de agendas?

La gran cuestión para esta nueva etapa es si tiene sentido hablar de “convergencia” de intereses a ambos lados, dadas las diferencias existentes entre EE UU y la UE, por un lado, y entre los propios socios de la Unión, por otro.

Se da la paradoja de que la nueva Administración está efectuando un viraje importante en una dirección más cercana a la sensibilidad europea que la de su predecesor, con una agenda que incluye la apuesta por una economía sostenible basada en energías renovables, la lucha activa contra el cambio climático, la extensión del bienestar social a los grupos más desfavorecidos (por ejemplo, mediante la reforma del sistema sanitario), el retorno a la legalidad internacional (como pone de manifiesto el deseo de cerrar Guantánamo), o una apuesta decidida por el desarme nuclear.

Pero esta coincidencia de agendas internas en EE UU y en Europa no garantiza políticas comunes. Tan sólo, genera un entorno político más amable, un lenguaje político más cercano, y puede marcar dinámicas positivas para el futuro.

Hasta el momento, esa ligera “europeización” de la agenda norteamericana no ha tenido un seguimiento suficiente en el lado europeo. La insuficiente coordinación de políticas económicas para salir de la crisis; las divisiones e indecisiones respecto al Tratado de Lisboa, finalmente superadas; Afganistán, Turquía, o Rusia, entre otras cuestiones, ponen en evidencia las carencias del lado europeo.

A esto se añade el riesgo real de que en 2010 la superación de la recesión económica dé lugar a un nuevo distanciamiento, sea debido a un aceleramiento en un lado más que en otro, o al fracaso de las reformas prometidas. Por ello, buena parte de la evolución que experimente la relación transatlántica dependerá de la capacidad de acción exterior de una Unión Europea en plena transición.

La realidad de la UE: las *dos Lisboas*

Europa se enfrenta a este escenario en el momento en que afronta dos grandes retos: la entrada en vigor del Tratado de Lisboa, con los cambios institucionales a ella asociados, y la salida paulatina y difícil de la recesión económica, que habrá de hacerse sobre la renovación de una agotada Agenda de Lisboa.

Ciertamente, el Tratado de Lisboa no proporciona a la UE un único *número de teléfono* al que poder llamar desde Washington. Pero, aunque ése tampoco es el objetivo del Tratado - la Unión, que funciona más como una red, no dispondrá nunca de un *único teléfono* -, los europeos deben explicar bien a su socio cómo y en qué van a cambiar las cosas, y poner voluntad política para unificar posturas. De lo contrario, la situación podría ser un motivo más de decepción mutua. Con Europa, para unos EE UU que han recibido con bastantes expectativas la entrada en vigor del Tratado y han puesto en él esperanzas de lograr una relación más funcional con la UE. Con EEUU, para una Europa que espera que se la tenga en cuenta como un socio estratégico en los múltiples frentes. Pero, si existe liderazgo político, la maquinaria institucional podría conseguir objetivos concretos en numerosos ámbitos de responsabilidad. La toma de decisiones por mayoría cualificada en algunas materias por parte del Consejo, el nombramiento de un Presidente permanente del Consejo Europeo, y la presencia de un nuevo Alto Representante (y vicepresidente de la Comisión) al frente de un potente Servicio Exterior, pueden tener gran impacto en ámbitos como el del comercio global, la lucha contra el cambio climático, el desarrollo de un mercado energético europeo, la seguridad y la defensa común, o las políticas de desarrollo.

Si, como pronostican los organismos económicos internacionales, 2010 es testigo de la consolidación de la recuperación por parte de las mayores economías europeas (y asumiendo que no hay una recaída de la crisis debido al excesivo déficit fiscal de los Estados) el contexto político podría mejorar. La oportunidad aquí para la UE reside precisamente en apoyarse en el Tratado de Lisboa para poner en marcha las reformas para una mayor integración de las políticas económicas y fiscales de los Estados.

En este escenario de una UE intentando superar su *impasse* y unos EE UU dudosos del retorno que pueden obtener de su esfuerzo por mantener la relación transatlántica como una de sus grandes prioridades, España puede tener un papel significativo que jugar.

2. España y EE UU: aliados eficaces

La relación bilateral España-EE UU: ganarse una interlocución más profunda

En este excepcional contexto europeo y transatlántico, el objetivo fundamental de España a nivel bilateral durante su Presidencia será hacer muy visible la mano tendida de España y de Europa hacia EE UU. Tras la visita del Presidente español a la Casa Blanca, la normalización de la relación bilateral está encauzada. Los planes de la Administración Obama abren nuevas perspectivas de colaboración entre España y EE UU: algunas iniciativas ya se han puesto en marcha en el ámbito de las infraestructuras o de las energías renovables; otras lo harán próximamente, como el Foro de Inversiones Bilateral, que reunirá a compañías de ambos países. Por otro lado, la relación económica ofrece datos esperanzadores: EE UU es uno de los primeros inversores en España, nuestro sexto socio comercial, y el más importante

inversor extranjero individual en nuestro país. También la inversión de las multinacionales españolas en EE UU es cada vez mayor.

Pero estas perspectivas no se materializan de por sí. Si el gobierno español quiere adquirir una mayor relevancia a los ojos del nuevo Presidente norteamericano y su Administración, deberá ganarse a pulso esa interlocución, no sólo en base a un nuevo planteamiento como socio europeo fiable, sino concretando en resultados sus iniciativas. Lograrlo no haría de España el gran interlocutor de Obama en Europa, pero sí al menos un socio a tener en cuenta. Un aliado, quizás no esencial, pero sí útil, que no es poco, respetando el papel de 'honest broker' que se le presume a la Presidencia.

España está en disposición de lograr esta interlocución más útil para EE UU y para la UE. En primer lugar, porque España y EE UU se enfrentan actualmente a una serie de retos comunes en relación con los cuales puede fraguarse una buena comprensión mutua. Para empezar, ambos comparten una recesión económica caracterizada por un nivel de desempleo que, aún siendo de diferente magnitud, alcanza niveles extremadamente altos en cada uno de los contextos (cercano al 20% en España y mayor del 10% en EE UU, llegando al 17% en algunos sectores industriales norteamericanos). Ambos países tienen asimismo en el colapso de la burbuja inmobiliaria un factor clave de la crisis, así como un importante sector a reestructurar. También comparten ambos países una excesiva dependencia energética. Y ambos Gobiernos coinciden en que la respuesta a estos retos, la crisis económica y la dependencia energética, pasa necesariamente por el desarrollo de un nuevo patrón de crecimiento basado en la sostenibilidad, lo cual convertirá a los sectores *verdes* en una fuente estratégica de crecimiento económico y generación de empleo. Y, por supuesto, y aun salvando las conocidas diferencias, ambos países comparten gobiernos progresistas.

Pero no es solamente el hecho de que ambos países compartan retos. España dispone también de una serie de 'ventajas competitivas', tanto endógenas como de tipo coyuntural, que convergen directamente, en mayor o menor grado, con los intereses y necesidades de EE UU en la actualidad. Estas ventajas ofrecen una gran oportunidad para España de actuar como interlocutor para un refuerzo de la relación UE-EEUU, contribuyendo, por así decirlo, simultáneamente a *Obamizar la agenda europea, españolizar la agenda europea, y europeizar la agenda global*.

En primer lugar, obviamente, está la propia Presidencia semestral de la UE en 2010. España tendrá la responsabilidad de liderar la UE en un período crucial, durante el cual se pondrán en marcha nuevas instituciones y procedimientos en el seno de la Unión, creándose importantes precedentes de cara a su desarrollo futuro. Los EE UU tienen interés en saber cómo va a funcionar esta nueva Unión y España tendrá la capacidad durante los próximos seis meses de ser su interlocutor de referencia.

En segundo lugar, el ámbito de las energías renovables y el empleo verde es un vector central en este escenario de intereses y soluciones compartidas. Ambos países comparten objetivos ambiciosos para el desarrollo del sector y una voluntad de convertirlo en un gran yacimiento de nuevo empleo. EE UU va a necesitar toda la ayuda que pueda obtener en este campo y España está en una posición idónea para convertirse en un socio estratégico. Somos un país líder en energías renovables (eólica y solar), y varias de nuestras empresas punteras tienen ya una importante presencia en EE UU, creando empleo y riqueza en sintonía con los sindicatos

norteamericanos, lo cual ha contribuido a crear una imagen globalmente positiva. Ya se han dado algunos pasos para construir una relación preferente y estratégica con EE UU en este ámbito, con la creación de un grupo de trabajo conjunto entre la Secretaría de Estado de Energía y el Ministerio de Industria y Comercio. Además, podría extenderse esta colaboración a otros sectores 'sostenibles', como el del ferrocarril de alta velocidad, donde los EE UU han mostrado un especial interés por la experiencia y tecnología españolas.

Evidentemente, la presencia de empresas españolas en EE UU no se limita a las energías renovables. Cada vez son más numerosas las multinacionales españolas con presencia en dicho país, que han creado un entramado de intereses económicos cruzados en sectores como la ingeniería civil, la gestión de infraestructuras, las telecomunicaciones o los servicios financieros.

En tercer lugar, España aspira a desempeñar un papel de *mediador fiable* internacionalmente reconocido, gracias a su capacidad para actuar de puente entre distintas culturas, religiones y regiones del mundo. Nuestro país tiene una valiosa capacidad de interlocución con los países islámicos, y no solamente con sus Gobiernos, sino también con sus sociedades civiles. Unido a la tradicional buena imagen y percepción de España en estos países, esto otorga a nuestro país un *poder blando* que debemos poner en valor en un contexto como el actual, caracterizado por ciertas tensiones entre culturas. Esta capacidad de interlocución internacional, basada en la empatía y el diálogo, podría ser un instrumento de gran utilidad para nuestra acción exterior y para los EE UU, por ejemplo en relación con el conflicto de Oriente Medio. Asimismo, la Alianza de Civilizaciones (y el papel central que en ella juega un país cada vez más importante en el escenario geopolítico como es Turquía), puede constituir un mecanismo de particular utilidad para facilitar esta interlocución si somos capaces de dotarle de objetivos viables y medios suficientes.

A esta capacidad de influencia (o *poder blando*) también contribuye el hecho de estar ubicados en una especie de encrucijada tópica (Norte-Sur, África-Europa, Latinoamérica-Europa), que confiere a España una no desdeñable importancia geoestratégica. España está en el vértice de todas las combinaciones del Espacio Atlántico, lo cual nos sitúa en una posición inmejorable para participar en los distintos programas de la *Atlantic Basin Initiative* que se propone en este Informe, especialmente en los grandes partenariados que puedan establecerse entre la UE y las Américas.

Evidentemente, EE UU tiene una antigua y muy estrecha relación con América Latina, y sería absurdo pretender que necesita a España para actuar en la región. Sin embargo, España también puede aportar a la relación bilateral su privilegiada conexión con los gobiernos, el sector privado y la sociedad civil en general de muchos Estados Latinoamericanos, sobre todo en aquellos donde la política exterior norteamericana suscita mayores recelos. Un buen ejemplo de ello sería el papel de interlocución que, llegado el momento, podría ejercer con Cuba.

Tampoco debe olvidarse que España tiene en su idioma y en las industrias culturales asociadas al mismo un nexo de unión con una parte cada vez más importante de la población de EE UU, que tiene el español como su primer o segundo idioma. Si sabemos ponerlo en valor, el factor hispano puede ser un estrecho vínculo entre ambos países.

El discurso de Obama ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en septiembre de 2009 dejó patente el giro de la política exterior norteamericana hacia el multilateralismo, y su convicción de que el derecho y las instituciones internacionales, a pesar de sus limitaciones, resultan imprescindibles para la resolución de los grandes conflictos que amenazan la estabilidad mundial. Por su parte, el ejecutivo español ha defendido desde el primer momento la necesidad de definir con mayor precisión el 'multilateralismo eficaz' que preconiza la UE. En suma, los gobiernos de ambos países comparten el propósito de asegurar que la multipolaridad se gestione de manera multilateral, algo que ya ha comenzado a plasmarse en las iniciativas adoptadas por un G-20 (+ 2) que parece destinado a convertirse en el principal foro de la gobernanza mundial.

En definitiva, EE UU necesita hoy apoyo para el despliegue de su apuesta por las energías renovables, aliados para la tarea de forjar un nuevo multilateralismo, y socios con los que acrecentar y desplegar su *poder blando* y su capacidad de interlocución con las sociedades islámicas y con América Latina. Y en todas esas dimensiones, España está particularmente bien posicionada.

Evidentemente, la afinidad entre ambos gobiernos no se traduce en una sintonía absoluta. Es indudable que cuestiones como la independencia de Kosovo, o el futuro de Cuba, son objeto de lecturas no siempre coincidentes. Sin embargo, ahí también puede resultar mutuamente útil a EE UU y a España esa relativa autonomía de la posición española, que permite a nuestro país presentarse como 'mediador fiable' ante interlocutores muy diversos. Precisamente, ese margen para la divergencia de opiniones debería presentarse como muestra de nuestra capacidad para entablar un diálogo complementario, para empatizar con situaciones complejas, aunque siempre de manera consistente con los principios democráticos liberales que defiende nuestro país.

En suma, España no sólo habla hoy en mayor sintonía con los EE UU, sino que tiene una serie de 'ventajas competitivas' que pueden permitirnos facilitar y liderar un reforzamiento de la relación transatlántica. Y a esta capacidad se une la oportunidad: la Presidencia española de la UE en el primer semestre de 2010.

3. La Presidencia española: una oportunidad para replantear la relación transatlántica

Conectar la agenda interna con Europa y EE UU: la salida de la crisis

Como ya se ha apuntado, la Presidencia española de la Unión ofrece una oportunidad única para España de actuar como puente entre los EE UU y la UE, y facilitar un fortalecimiento de la relación transatlántica. Los incentivos están alineados para ello: la recuperación económica sobre la base de un modelo de crecimiento más equilibrado, que es el objetivo primordial del Gobierno español, lo es también del resto de la UE y de EE UU.

La salida de la crisis es, en efecto, el objetivo prioritario para un Gobierno español que tratará de hacer de la Presidencia española de la UE la del impulso a la recuperación económica europea; un instrumento útil para la solución de los problemas económicos del desempleo, la baja productividad, o el déficit de I+D+i. El reto consistiría en conectar tres niveles, haciendo compatible la agenda doméstica de

salida de la crisis con la de la UE, la transatlántica y la global: en la intersección de todas ellas residirá la medida del éxito de la Presidencia española.

Ello puede hacerse poniendo en marcha de manera simultánea las 'dos Lisboas': la institucional del Tratado, y la socio-económica, es decir la nueva Estrategia UE 2020 que sustituya a la de Lisboa. La apuesta del gobierno español por un nuevo modelo económico sostenible, medioambiental y social, se traduciría así en una cierta *españolización* de la agenda europea, como ya ocurrió en su día con la estrategia de Lisboa. Al mismo tiempo, el impulso de una agenda transatlántica renovada puede servir como factor de presión por parte del gobierno español para acelerar ciertas reformas dentro de la UE en diversos ámbitos. España debe lanzar señales simultáneamente a ambos lados del Atlántico, y llevar a los Consejos de la UE iniciativas para avanzar en temas clave en los que la cooperación transatlántica resulta especialmente provechosa. Todo ello apunta a la necesidad de una Europa dotada de mecanismos de prevención y coordinación económica, capaz de trabajar constructivamente con EE UU. Además, esta agenda debería vincularse a la agenda de la gobernanza global en ámbitos como la lucha contra el cambio climático, las energías renovables, y políticas para el desarrollo.

En definitiva, lo que se pretende es que la política transatlántica, lejos de constituir un factor divisivo para los europeos, como a menudo ha ocurrido en el pasado, se convierta en un instrumento que contribuya a la europeización, es decir, a la profundización de la integración europea.

La Cumbre UE - EE UU de 2010: una oportunidad para la acción

La Cumbre UE – EE UU de mayo de 2010 ofrece una gran oportunidad para poner en valor estas ideas y para que España juegue un papel de interlocutor eficaz en el reforzamiento de la relación transatlántica. Pero no va a ser fácil. Paradójicamente, una de las ventajas de la relación transatlántica – la *normalidad* de las relaciones – se convierte en uno de sus mayores inconvenientes a la hora de reivindicar por parte europea un primer puesto de socio estratégico en el *ranking* mundial de EE UU. A diferencia de las relaciones con China o Rusia, entre la UE y EE UU no hay *drama*. Para Estados Unidos, Europa *ya no es un problema*, y su creciente orientación hacia Asia y el Pacífico es en buena medida reflejo de este nuevo *statu quo*. Sin embargo, Europa sí es una necesidad para EE UU, y pese a sus carencias, la asociación transatlántica sigue siendo la más importante relación geopolítica del mundo actual, tanto por los estrechos vínculos económicos y de seguridad existentes, como por los valores compartidos y el lenguaje político de compromiso con la democracia y el libre mercado.

Sin embargo, convergen en la actualidad una serie de factores que nos ofrecen una ventana de oportunidad excepcional a ambos lados del Atlántico que no deberíamos desaprovechar. Las oportunidades para España ya mencionadas sólo podrán aprovecharse plenamente si el gobierno es capaz de concitar una tensión política positiva que capte la atención del gobierno estadounidense de cara a la cumbre de mayo de 2010 en Madrid.

La enorme concentración de foros y cumbres entre abril y junio de 2010 (UE-ALC, Conferencia revisión TNP, UE-Canadá, etc.) obliga a concentrar los esfuerzos. Esta es una oportunidad para que la UE materialice un compromiso claro hacia EE UU y, de la mano de éste, un compromiso claro ante el mundo. De la Cumbre debería salir un

mensaje político de gran calado, que podría plasmarse en una *Declaración de Interdependencia* con contenidos globales.

En todo caso, de lo que no cabe duda es que, si realmente ha de servir para catalizar una más intensa relación transatlántica, la Cumbre debe ser operativa y funcional. Se sugieren a continuación algunas líneas de acción para conseguirlo:

1) Replantear la Agenda Transatlántica sobre la base de resultados concretos

Los quince años transcurridos desde la firma de la Nueva Agenda Transatlántica (NAT) muestran un balance irregular. Por un lado, la NAT ha tenido efectos ciertamente positivos en la progresiva integración económica y armonización regulatoria en distintos sectores de la economía transatlántica, así como en la profundización de vínculos entre las respectivas sociedades civiles (en el ámbito empresarial, universitario, científico, etc.)

Parece claro que el mayor logro de la NAT es haber conformado un marco estable de cooperación que antes no existía fuera de las relaciones bilaterales o el marco que proporciona la OTAN. Sin embargo, incluso iniciativas como el Transatlantic Economic Council (TEC), lanzada en 2007 por la Presidencia alemana, no han tenido el suficiente impulso político, aunque resulten útiles en la esfera económica y comercial.

En suma, la NAT no ha permitido alcanzar el gran objetivo político que hoy parece inexcusable lograr cuanto antes: la creación de un marco en el cual la UE y EE UU aborden a un mismo nivel y de manera efectiva los grandes retos y amenazas que les afectan por igual y que tienen una naturaleza global.

La presidencia española se enfrenta al doble reto, diplomático y político, de resaltar el papel español en los logros obtenidos por una NAT que vio la luz en Madrid en 1995, al tiempo que – y esto es lo esencial – busca la superación de esa agenda de manera decidida, reorientándola expresamente en los contenidos y en lo institucional. Ambos objetivos pueden y deben lograrse. De no ser así, es probable que el escepticismo que ya comienza a detectarse en la administración Obama respecto al diálogo con la UE no haga sino aumentar.

Parece conveniente, pues, que España afronte la ‘renovación’ de la NAT en mayo de 2010 sin nostalgia alguna, y que lo haga con la convicción y credibilidad que le otorga el haber impulsado en su momento la creación de unas nuevas herramientas para el diálogo transatlántico. En los meses previos a la cumbre se deberá hacer todo lo posible por convencer a la Administración Obama de que existe un vínculo real entre la NAT y el futuro, y que en mayo se producirán avances útiles para las dos partes.

¿En qué consiste ese vínculo entre la NAT y una Agenda que esté realmente a la altura de los retos del siglo XXI? Sencillamente, en retomar el compromiso para abordar los retos globales identificados entonces, y que nunca se hizo efectivo. En concreto, los capítulos II (*Responding to global challenges*) y III (*Contributing to the expansion of world trade and closer economic relations*) de la NAT han tenido escasos resultados, y además han sido ampliamente superados por los acontecimientos. De un lado, el contexto ideológico ha cambiado: debido en buena medida (aunque no exclusivamente) a la magnitud de la actual crisis financiera y

Memorando Opex N° 132/2009: La Presidencia española de la Unión Europea y la Agenda Transatlántica

económica global, el neoliberalismo ha perdido muchos apoyos. De otro, la agenda global está dominada por asuntos relativamente novedosos, tales como el cambio climático, la seguridad energética o el terrorismo transnacional. Además, la UE de 2010 poco tiene que ver con la de 1995, como demuestra el desarrollo conceptual experimentado por su Política Exterior y de Seguridad Común, y sobre todo, la realización exitosa de numerosas misiones civiles y militares en lugares muy dispares del planeta.

En el Informe *'Hombro con hombro: forjando una relación estratégica EE UU – UE'*, se plantean algunas propuestas para la reforma institucional que propugnamos. Más concretamente, a fin de favorecer la flexibilidad y eficacia de la relación, se propone la creación de grupos de trabajo conjuntos sobre temas globales; la orientación de las cumbres a la obtención de resultados en ámbitos concretos (sistema financiero, medio ambiente, energías renovables, industria verde, seguridad, nuevas políticas para el desarrollo); y la elevación del perfil político de las cumbres.

Desde España debe lanzarse el mensaje a la Administración Obama de que el momento actual exige una agenda especial, y que ésta puede construirse sobre las bases del solemne compromiso adquirido hace quince años. Sin embargo, Washington ya ha dejado entrever el poco interés que despiertan las cumbres excesivamente ambiciosas y formalistas, sin una agenda práctica de trabajo que pueda conducir a resultados y avances concretos. Por ello, habría que replantearse la agenda transatlántica sobre la base de propuestas de colaboración concretas con visos de llegar a resultados tangibles mutuamente beneficiosos.

Por ello, debería prestarse especial atención a los temas clave sobre los que EE UU precisa ahora la colaboración europea: una mejor estrategia en Afganistán/Pakistán que permita un compromiso más eficaz, una postura inteligente ante el desafío nuclear iraní, y la colaboración necesaria para acelerar el cierre de Guantánamo. En general, la UE debe esforzarse por resultar creíble como un socio relevante en la esfera de la seguridad, lo cual implica también un esfuerzo por mejorar la colaboración en el seno de la OTAN.

El desarrollo de una gobernanza económica global más efectiva constituye otro importante objetivo común donde hay un amplio margen para la colaboración. EE UU y los estados de la UE que pertenecen al G-20 podrían coordinar sus posiciones en el seno de dicho foro, que está adquiriendo una importancia cada vez mayor. También deberían trabajar juntos para continuar reformando el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, a fin de aumentar su relevancia y credibilidad, poniendo fin al duopolio euro-americano existente hasta la fecha. La UE y EE UU tampoco deberían desdeñar la posibilidad de coordinar sus relaciones con las potencias emergentes, sobre todo China, India y Brasil. Como puso de manifiesto el reciente viaje de Obama a China, los europeos no tenemos realmente motivos para temer la aparición de un G-2 que socave nuestra relación con Washington.

El Mediterráneo también puede ser un escenario para el desarrollo de propuestas concretas, por ejemplo llevando a cabo iniciativas conjuntas para la integración y normalización de los grupos islamistas en el juego político en el Oriente Medio y el Magreb.

Otro ámbito al que se presta especial atención en el Informe es el de la Cooperación al Desarrollo, con un especial énfasis en África. Podría estudiarse la posibilidad de alcanzar un compromiso por parte de EE UU y de la UE para hacer de las políticas

para el desarrollo uno de los pilares de la futura Agenda Transatlántica, con la vista puesta en el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio de la ONU. Se trataría ante todo de comprometerse a renovar y hacer más eficientes sus sistemas respectivos de ayuda al desarrollo, y de acrecentar la colaboración mutua con terceros, haciendo especial hincapié en el nuevo papel de los organismos multilaterales reformados (FMI, BM y demás), en los nuevos instrumentos (Fondos de cohesión social y territorial; remesas de inmigrantes) y en las posibles sinergias con otros socios de las Américas (Canadá, Brasil).

2) Crear una relación estratégica en el ámbito de las energías renovables

El ámbito de las energías renovables y el *empleo verde* es un vector central en este escenario de intereses y soluciones compartidas, que merece consideración aparte por el potencial que ofrece como piedra angular de una nueva relación transatlántica reforzada, pues ambas regiones comparten ambiciosos objetivos para el desarrollo del sector y una voluntad de convertirlo en un motor de la recuperación económica y de creación de empleo. Según un reciente Informe de la Organización Internacional del Trabajo y del Programa de Naciones Unidas para el Medioambiente, el mercado mundial de productos y servicios ambientales se duplicará de aquí al 2020 hasta alcanzar los 2,7 billones (europeos) de dólares al año, y una parte muy importante de este crecimiento se producirá en el sector de las energías renovables. La inversión en este sector pasó de los 10.000 millones de dólares en 1998 a los 66.000 millones en 2007, el 18% del total de la inversión en energía. Se prevé que esta inversión se multiplique por cinco de aquí a 2020, y por diez en el 2030, hasta sumar los 630.000 millones de dólares. Esto se traduciría en al menos 20 millones de empleos adicionales en el sector, mucho más de lo que aporta la energía fósil en la actualidad.

En este ámbito, el objetivo sería utilizar la cumbre para avanzar hacia una colaboración reforzada transatlántica para el desarrollo del empleo verde y la autosuficiencia energética, creando, ya sea en el seno del *Transatlantic Economic Council* o del recientemente creado *Transatlantic Energy Council*, un Programa Transatlántico de Colaboración en el ámbito de las energías renovables. El objetivo de este Programa sería el de fomentar el intercambio de experiencias en ámbitos como las políticas energéticas; las políticas fiscales para fomentar el desarrollo de energías renovables; las políticas para favorecer la creación de empresas en la industria, el diseño y regulación de sistemas de precios, primas y tarifas; el fomento de la tecnología e investigación y desarrollo en este sector; y la preparación y cualificación de trabajadores para esta industria. Para ser eficaz, dicho programa de colaboración debería incorporar no sólo a los gobiernos, sino también al sector privado, sindicatos y sociedad civil.

3) Trabajar dentro de la UE en la coordinación de políticas clave

El interés que EE UU muestre hacia la UE en los próximos meses dependerá en no poca medida de nuestra capacidad para demostrar que la implementación del Tratado de Lisboa puede traducirse en políticas e iniciativas de interés para las relaciones transatlánticas. Por ello, el gobierno español deberá trabajar en el seno de la UE para fomentar la coordinación de políticas económico-financieras, medioambientales, energéticas, migratorias y de seguridad que aumenten el atractivo de la Unión como socio estratégico de EE UU.

Memorando Opex N° 132/2009: La Presidencia española de la Unión Europea y la Agenda Transatlántica

Una de las propuestas más atrevidas del Informe '*Hombro con Hombro: forjando una relación estratégica EE UU – UE*' es sin duda la que plantea la adopción de un *Transatlantic Solidarity Pledge* (o Compromiso Transatlántico de Solidaridad), que permita incrementar la seguridad no solamente de nuestros territorios, sino del conjunto de nuestras sociedades. De adoptarse este compromiso, ambas partes se comprometerían a acudir en auxilio de la otra en caso de producirse ataques terroristas, desastres naturales o catástrofes provocadas por el hombre. Ello permitiría reforzar simultáneamente la agenda transatlántica y la europea, ya que supondría un incentivo adicional para el desarrollo del Espacio de Libertad, Seguridad y Justicia a la que la UE deberá prestar una atención especial durante la presidencia española en cumplimiento del llamado 'Programa de Estocolmo'. Además, al abogar por esta iniciativa transatlántica en Bruselas, el gobierno español estaría contribuyendo a reforzar la propia cláusula de solidaridad entre los Estados miembros de la UE, consagrada por el artículo 222 del nuevo Tratado de funcionamiento de la Unión Europea.

La implementación del Tratado de Lisboa debe contribuir a fortalecer el papel de la UE como actor global, objetivo que cuenta con el apoyo entusiasta de la Administración Obama. Para no frustrar las expectativas que los propios europeos hemos suscitado entre nuestros interlocutores estadounidenses, la UE deberá mostrarse más proactiva en la prevención y/o resolución de conflictos en regiones especialmente inestables (como el Cáucaso y Asia Central), para lo cual deberá coordinarse más eficazmente con EE UU.

Hoy por hoy, la OTAN sigue siendo la institución a la que acudimos europeos y norteamericanos cuando decidimos hacer uso de la fuerza militar para hacer frente a las amenazas a nuestra seguridad colectiva. Sin embargo, son cada vez más numerosos y frecuentes los retos a dicha seguridad que requieren el despliegue de efectivos civiles de diversa naturaleza, tarea para la cual la OTAN no está capacitada. Por otro lado, las dificultades a las que se ha enfrentado EE UU en este ámbito tanto en Irak como en Afganistán sugieren que la formación y capacitación de personal civil recibirá una atención creciente en años venideros. Este es un ámbito en el que la UE viene trabajando con éxito desde hace años, y por ello parece lógico aspirar a que, en un futuro no muy lejano, la UE y EE UU puedan desplegar conjuntamente (o de forma complementaria) los efectivos civiles necesarios para evitar que una crisis se convierta en un conflicto o para dar respuesta adecuada a una situación post-conflicto. Para ello, dentro del marco de la legalidad internacional de Naciones Unidas, la UE y EE UU podrían crear un *task force* conjunto para el seguimiento de las crisis que precisen el despliegue de personal civil, y eventualmente, un centro de planificación conjunto.

Existen otros ámbitos en los que España, en el marco de su Presidencia, puede liderar una colaboración más estrecha, tangible y útil con la Administración Obama. Por ejemplo, en relación con la lucha conjunta contra la proliferación de Armas de Destrucción Masiva, España puede jugar coyunturalmente un papel relevante, ya que nuestro país tendrá la responsabilidad de coordinar una postura común de la UE de cara a la Conferencia de Revisión del Tratado de No Proliferación (TNP) en mayo de 2010. A pesar de la complejidad técnica del asunto, y de las divisiones existentes en el seno de la UE respecto al desarme, e incluso la energía nuclear, España debería promover un acuerdo que acompañe a las iniciativas de la Administración Obama en este ámbito. Más concretamente, el Presidente norteamericano ha convocado una conferencia internacional sobre seguridad nuclear en abril de 2010, y sería conveniente una maniobra de aproximación por parte del gobierno español para

concertar posiciones en la medida de lo posible, en anticipación de la cumbre de revisión de mayo.

4) Ampliar la relación Transatlántica a un espacio Euro-Americano

De la misma manera que cooperamos con EE UU para estabilizar e integrar la vecindad de la UE en el horizonte de una Europa ampliada, debemos proponer un papel activo para Europa en la vertebración y el progreso de las Américas, incluyendo a Canadá, América Latina y el Caribe en un amplio partenariado que deberá adquirir consistencia en los próximos años.

Para ello, sería conveniente que las cumbres con América Latina y Caribe, con EE UU, y con Canadá, incluyan referencias a la necesidad de abordar las relaciones euro-americanas desde una gran visión hemisférica, con el objeto de contribuir a forjar un verdadero espacio Euro-Americano.

España debería aprovechar el actual clima de (relativa) distensión entre EE UU y sus socios del sur para recolocarse en el tablero inter-regional en el centro del mayor número de triangulaciones posible. Para ello sería conveniente que convergiesen la inversión y los proyectos de desarrollo, infraestructuras, o medioambiente provenientes de la UE con los hemisféricos americanos, en áreas comunes en las que hablamos el mismo lenguaje político. Esto significa poner en marcha, inicialmente bajo iniciativa española, una intensa labor diplomática de coordinación y seguimiento de los diversos foros multilaterales que inciden sobre el espacio Euro-Americano, tal y como se propone en el Informe *'Hombro con Hombro'*. Todo ello, claro está, debería venir acompañado de una concertación previa de posturas por parte de la administración Obama con sus socios latinoamericanos y europeos en temas potencialmente conflictivos, como es el caso reciente de las bases norteamericanas en Colombia o las elecciones en Honduras.

Conclusión

La relación transatlántica atraviesa un momento caracterizado por la incertidumbre, pero también por la esperanza. Tras una etapa de algunas desavenencias entre EE UU y Europa, y también de discrepancias intra-europeas, la inminente implementación del Tratado de Lisboa y el cambio de política exterior impulsado por la Administración Obama ofrecen una oportunidad única para el relanzamiento de las relaciones entre las dos orillas del Atlántico. Vista desde esta perspectiva, la presidencia española de la UE del próximo semestre adquiere una relevancia especial. El Informe *'Hombro con Hombro'* que hoy se presenta en Madrid pretende tan solo aportar algunas propuestas concretas, que podrían contribuir a que la cumbre UE – EE UU de mayo de 2010 representase un punto de inflexión, la apertura de una nueva fase de la relación. Ni España ni Europa pueden permitirse el lujo de desaprovechar esta oportunidad.

Memorandos Opex publicados en 2009

- 112/2009. **Reshaping the global food system: launching the "Madrid Process" of consultations with the right to food at the forefront.** Jose Luis Vivero Pol.
- 113/2009. **Inestabilidad política en Madagascar - implicaciones para España.** Marcos Suárez Sipmann.
- 114/2009. **Grave riesgo en el Este europeo.** Emilio Ontiveros.
- 115/2009. **Reflexiones en torno al Plan Asia Pacífico 3.** Mario Esteban.
- 116/2009. **El futuro económico de las ciudades autónomas españolas.** Miguel Ángel Pérez Castro
- 117/2009. **España y Kazajstán 2010: oportunidades para la cooperación UE-OSCE.** Nicolás de Pedro
- 118/2009. **Efectos de la crisis económica en Asia Oriental - (Implicaciones para España).** Ana María Goy Yamamoto
- 119/2009. **Hacia la normalización de las relaciones bilaterales entre la Unión Europea y Bielorrusia.** Rubén Ruiz Ramas
- 120*/2009. **Implications for European Defence of France's return to NATO Military Structure.** Borja Lasheras and Vicente Palacio.
- 121/2009. **El nuevo Plan África (2009-2012) - Aportaciones de Opex.** Coordinador del Panel Opex África Subsahariana: Manuel de la Rocha Vázquez. Aportaciones de Marcos Suárez Sipmann.
- 122/2009. **Relaciones Rusia-América Latina: perspectiva actual y desafíos para España.** Ángel Bermúdez.
- 123/2009. **Líneas de acción de España y la UE con la Organización de Estados Americanos (OEA) tras la V Cumbre de las Américas.** Vicente Palacio y Miguel Ángel Porrúa
- 124/2009. **Vías de acción para el gobierno español tras la victoria del FMLN en las elecciones de El Salvador.** Salvador Martí i Puig.
- 125/2009. **The Eastern Partnership and the regional dynamics within the EU; What consequences for Spain?** Álvaro García Navarro.
- 126/2009. **Recomendaciones para una mayor presencia del Comercio Justo en España.** Rodrigo Fernández Miranda.
- 127/2009. **Cambio climático: perspectivas y prioridades de España en política de cooperación al desarrollo.** Jesús Quintana
- 128/2009. **Aportaciones a la política de desarrollo europea desde la Presidencia española.** Veronique Andrieux Araujo
- 129/2009. **Yukio Hatoyama: ¿Una nueva política exterior para Japón?** Mario Esteban Rodríguez
- 130/2009. **La agenda hacia Asia y el Pacífico de la Presidencia Española de la UE.** Mario Esteban, Gracia Abad, Rubén Campos, Alfredo Crespo, Javier Gil, Ana María Goy, Nicolás de Pedro, Eunsook Yang.
- 131/2009. **Continuidad en Mozambique: tendencias y expectativas.** Marcos Suárez Sipmann

Para consultar los memorandos anteriores en pdf, pueden visitar nuestra página web <http://www.falternativas.org/opex>